



Guy de Mapaussant

El Horla
(Primera versión)

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

El Dr. Marrande, el más ilustre y eminente de los alienistas, había invitado a tres de sus colegas, así como a cuatro científicos especializados en ciencias naturales, a hacerle una visita de una hora en la casa de salud mental que dirigía, para presentarles a uno de sus enfermos.

Tan pronto sus amigos estuvieron reunidos, les dijo: “Voy a plantearles el caso más extraño y preocupante que encontré en mi vida. De todos modos no es necesario que les hable de mi cliente. El mismo hablará. “Entonces el doctor tocó un timbre. Un criado hizo pasar a un hombre. Este era muy flaco, con una flacura de cadáver, como son flacos ciertos locos, carcomidos por un pensamiento, puesto que el pensamiento enfermo devora la carne del cuerpo más que la fiebre o la tisis.

Después de saludar y habiéndose sentado, dijo: “Señores, conozco el motivo por el cual les han reunido aquí y estoy dispuesto a contarles mi historia, como me lo ha solicitado mi amigo, el Dr. Marrande. Durante un largo tiempo él creyó que yo estaba loco. Hoy lo duda. Dentro de cierto tiempo, todos ustedes sabrán que mi mente está tan sana, tan lúcida, tan clara como las suyas, desgraciadamente para mí y para ustedes y para toda la humanidad. Pero quiero empezar por los hechos mismos, por los simples hechos. Estos son: tengo cuarenta y dos años. No estoy casado, mi fortuna es suficiente para vivir con cierto lujo. Así pues, yo habitaba una propiedad a orillas del Sena, en Biessard, cerca de Ruán. Soy aficionado a la caza y a la pesca, Ahora bien, tenía detrás de mí, arriba las grandes rocas que la dominaban, uno de los más hermosos bosques de Francia, el de Roumare y delante uno de los ríos más hermosos del mundo.

Mi morada es vasta, con el exterior pintado de blanco, bella, antigua, en medio de un gran jardín con árboles magníficos, que sube hasta el bosque, escalando las enormes rocas de las cuales les hablé hace un rato.

Mi personal se compone, o más bien se componía, de un cochero, un jardinero, un mucamo, una cocinera y una lencera, la cual era al mismo tiempo una suerte de mujer para todo servicio. Toda esa gente vivía en mi casa desde hacía entre diez y dieciséis años, me conocía, conocía mi morada, la comarca, todo el entorno de mi vida. Eran buenos y tranquilos servidores. Este punto tiene su importancia en relación con lo que les voy a contar.

Debo agregar que el Sena, que bordea mi jardín, es navegable hasta Ruán, como sin duda ustedes saben; y que todos los días yo veía pasar grandes barcos, ya sea a vela o a vapor, provenientes de todos los rincones del mundo.

Así pues, hizo de esto un año el otoño pasado, fui presa súbitamente de unos malestares extraños e inexplicables. Al principio, experimenté una suerte de desasosiego nervioso que me mantenía despierto durante noches enteras, una sobre excitación tal que el menor ruido me sobresaltaba. Mi humor se amargó. Tenía enojos repentinos, inexplicables. Consulté a un médico que me recetó bromuro de potasio y duchas.

Por consiguiente, me hice administrar unas duchas de mañana y de tarde y empecé a tomar bromuro. Pronto, de hecho recobré el sueño, pero un sueño más horroroso que el insomnio. En cuanto me acostaba, cerraba los ojos y quedaba anonadado. Sí, caía en la nada, en la nada absoluta, en una muerte de todo el ser, de la cual me sustraía bruscamente, horriblemente, la espantosa sensación de un peso aplastante sobre mi pecho y de una boca que me comía la vida, sobre mi boca. Oh! Esas sacudidas no conozco nada más espantoso. Imagínense a un hombre que duerme, que está asesinando y que se despierta con un cuchillo en la garganta, sacudido por estertores, cubierto de sangre y que ya no puede respirar y que se está muriendo, y que no entiende. De eso se trata!

Adelgazaba de un modo inquietante, continuo; y un día me percaté de repente que mi cochero, que era bastante gordo, empezaba también a adelgazar.

Finalmente, le pregunté: “¿qué le pasa Juan, está usted enfermo?”

El contestó: “Me parece que atrapé la misma enfermedad que el señor. Son mis noches las que pierden mis días.”

Entonces pensé que la casa sufría una influencia malsana, provocada por la cercanía del río y me preparaba para ausentarme por dos o tres meses, aunque nos encontrábamos en plena estación de caza, cuando un pequeño hecho muy extraño, observado por casualidad, trajo consigo una seguidilla de descubrimientos tan inverosímiles, fantásticos, aterradores, que me quedé

Al sentir sed, una noche, bebí medio vaso de agua y noté que la jarra, apoyada sobre la cómoda frente a mi cama, estaba llena hasta el tapón de cristal.

Tuve, durante la noche, uno de esos horrorosos sueños de los que acabo de hablarles.

Encendí mi vela, presa de terrible angustia y como desee beber nuevamente, me apercibí, con estupor, que la jarra estaba vacía. No podía creer en mis propios ojos. O alguien había entrado en mi habitación o bien yo era sonámbulo.

A la noche siguiente, quise hacer la misma prueba. Cerré pues la puerta con llave para estar seguro que nadie pudiese penetrar en mi habitación. Me dormí y me desperté como todas las noches. Alguien había bebido toda el agua que había visto dos horas antes.

¿Quién había bebido este agua? Yo, sin dudas y sin embargo creía estar seguro, absolutamente seguro, de no haber hecho ningún movimiento durante mi sueño, profundo y doloroso.

Debí entonces recurrir a estratagemas para convencerme que no realizaba esos actos inconscientes. Coloqué una noche, al lado de la jarra, una botella de bordeaux añejo, una taza de leche que no puedo tolerar, y masitas de chocolate que me encantan.

El vino y las masitas permanecieron intactos. La leche y el agua desaparecieron. Entonces, todos los días, cambiaba las bebidas y los alimentos. Jamás las cosas sólidas, compactas, fueron tocadas y nadie bebió, tratándose de líquidos, sino lácteos frescos y agua, sobre todo.

Pero esta acuciante duda permanecía en mi espíritu. No sería yo mismo quién me levantaba sin tener conciencia de ello y que bebía aún las cosas detestadas, porque mis sentidos, embotados por un sueño de sonámbulo podrían ser modificados, haber perdido sus repugnancias habituales y adquirido gustos diferentes?

Utilicé entonces contra mí mismo una nueva argucia. Envolví todos los objetos a los que infaliblemente sería necesario tocar, con cintas de muselina blanca y los recubrí también con una toalla de batista.

Luego, al momento de acostarme, me unté las manos, los labios y los bigotes con mina de plomo.

Al despertar, todos los objetos habían permanecido inmaculados a pesar de que hubieran sido tocados, ya que la toalla no estaba colocada como la había puesto y además, se habían bebido el agua y la leche. Por otra parte, mi puerta cerrada con llave de seguridad y mis postigos con cerrojo no habían podido dejar penetrar a nadie.

Tuve entonces que enfrentar esta temible pregunta: quién estaba pues aquí, todas las noches, cerca de mí?

Me doy cuenta, señores, que les cuento esto demasiado rápido. Ustedes sonrien, ya se han hecho una opinión: “es un loco”. Habría debido describirles en detalle la emoción de un hombre que, encerrado en su cuarto, sano de espíritu, mira a través del vidrio de una jarra,

un poco de agua que ha desaparecido mientras dormía. Habría debido hacerles comprender esta tortura renovada cada noche y cada mañana y este sueño invencible y estos despertares más espantosos aún.

Pero continuó.

De pronto el milagro cesó. Nadie tocaba más nada en mi habitación. Se había terminado. Por otra parte, me sentía mejor. Volvía a estar alegre, cuando me enteré que uno de mis vecinos, el Sr. Legite, se encontraba exactamente en el estado en que había estado yo. Volví a pensar en una influencia malsana en la región. Mi cochero me había dejado hacía un mes, muy enfermo.

El invierno había pasado, comenzaba la primavera. Una mañana, cuando me paseaba cerca de mi cantero de rosales, vi, vi claramente, muy cerca de mí, el tallo de una de las rosas más hermosas doblarse como si una mano invisible la hubiese cortado. Luego la flor siguió la curva que habría trazado un brazo llevándola hacia una boca y permaneció suspendida en el aire transparente, totalmente sola, inmóvil, aterradoradora, a tres pasos de mis ojos.

Presa de un loco terror, me arrojé sobre ella para tomarla. No encontré nada. Había desaparecido. Experimenté entonces una cólera furiosa contra mí mismo. No puede un hombre razonable y serio permitirse tener tales alucinaciones!

Pero se trataba realmente de una alucinación? Busqué el tallo. Lo encontré de inmediato sobre un arbusto, recién cortado, entre dos otras rosas que estaban en la rama, ya que eran tres las que yo había visto perfectamente.

Regresé entonces a casa, trastornado. Escúchenme señores, soy una persona calma, no creía en lo sobrenatural y sigo sin creer aún hoy, pero a partir de ese momento estuve seguro, tan seguro como del día y de la noche, que existía cerca de mí un ser invisible que me había poseído, que me había liberado y que volvía.

Un poco después tuve la prueba de ello.

Entre mis criados estallaban siempre furiosas disputas por miles de causas aparentemente fútiles, pero para mí, ahora, totalmente lógicas.

Un florero, un hermoso florero de Venecia se rompió solo, sobre el aparador de mi comedor, en pleno día.

El mucamo acusó a la cocinera, que acusó a la lencera, que acusó a no sé quién.

Unas puertas, cerradas a la noche, se encontraban abiertas a la mañana. Se robaba leche, todas las noches, en la despensa – Ah!.

¿Quién era, de qué naturaleza?

Una curiosidad mezcla de cólera y de espanto, me mantenía día y noche en un estado de agitación extrema.

Sin embargo, la casa recobró la calma una vez más; y nuevamente, me puse a perseguir sueños, cuando ocurrió lo siguiente:

Era el 20 de Julio a las nueve de la noche. Hacía mucho calor; había dejado mi ventana completamente abierta, mi lámpara encendido sobre mi mesa, iluminando un volumen de Musset, abierta en la “Noche de Mayo” y me había recostado en un gran sillón en el que me quedé dormido.

Entonces, habiendo dormido alrededor de cuarenta minutos, reabrí los ojos, sin hacer el menor movimiento, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. Primero, no vi nada y de repente, me pareció que una página del libro acababa de darse vuelta sola.

Ningún soplo de aire había entrado por la ventana. Quedé sorprendido y esperé. Pasados cuatro minutos aproximadamente, vi, vi, sí, yo vi, señores, con mis propios ojos, otra página levantarse y doblarse sobre la anterior, como si un dedo la hubiese hojeado. Mi

sillón parecía vacío pero comprendí que estaba ahí, él. Atravesé la habitación de un salto para agarrarlo, para atraparlo, si se pudiera... pero mi asiento, antes que yo lo haya podido alcanzar, se dio vuelta como si alguien hubiese huído delante de mí; milámpara también cayó y se apagó, roto el cristal; y mi ventana, bruscamente empulsada como si un malhechor la hubiese empujado en su huída, golpeó contra su tope. Ah!...

Me abalancé sobre el timbre y llamé. Cuando apareció mi mucamo, le dije: “He derribado todo y roto todo. Deme luz”.

No dormí más esa noche. Sin embargo, aún pensaba que quizás me encontraba bajo el efecto de una ilusión. Al despertar, los sentidos aún se encuentran confusos. ¿No había sido yo mismo quién había derribado el sillón y la luz al precipitarme como un loco?

No, no era yo! Lo sabía sin poder dudarle ni un segundo. Y sin embargo, quería creerlo.

Esperen! El Ser! ¿De qué modo podría nombrarlo? El Invisible! No, no es suficiente. Le bauticé “El Horla”. ¿Porqué? No lo sé... Así pues... El Horla no me abandonó más. Día y noche, tenía la sensación, la certeza de la presencia de ese vecino inasible y también la certeza de que se apoderaba de mi vida, hora tras hora, minuto tras minuto.

La imposibilidad de verlo me exasperaba; encendía todas las luces de mi departamento como si hubiese podido, en esa claridad, descubrirlo.

Finalmente, lo vi.

Ustedes no me creen. Sin embargo, lo vi.

Yo estaba sentado frente a un libro cualquiera. No leía sino que acechaba, con todos mis sentidos sobreexcitados, espiando al que yo sentía cerca de mí. Ciertamente él estaba

Ahí, pero ¿dónde? ¿Qué estaba haciendo? ¿Cómo alcanzarlo?

Frente a mí, mi cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha, la chimenea. A la izquierda, la puerta que había cerrado cuidadosamente.

Detrás de mí, un armario de luna, muy grande, que yo utilizaba todos los días para afeitarme, vestirme, donde solía mirarme de pies a cabeza cada vez que pasaba delante.

Así pues, fingía leer, para engañarlo, puesto que él también me espiaba y, de repente, tuve la certeza que estaba leyendo por encima de mi hombro, que estaba ahí, rozando mi oreja.

Me levante, dándome vuelta con tal rapidez que estuve a punto de caerme. Y bien! Se veía allí como en pleno día... pero yo no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Mi imagen no estaba adentro.. y yo estaba enfrente. Veía el gran vidrio, límpido de arriba abajo! Y miraba eso con ojos enloquecidos, y no me atrevía a avanzar, sintiendo que se encontraba entre nosotros, él, y que una vez más se me escaparía, pero que su cuerpo imperceptible había absorbido mi reflejo.

Qué miedo pasé! Luego, de repente, empecé a percibirme a través de una bruma, al fondo del espejo, a través de una bruma, como a través de un a copa de agua y me parecía que esta agua se deslizaba de izquierda a derecha, lentamente, haciendo mi imagen más nítida, segundo a segundo. Era como el fin de un eclipse. Lo que me ocultaba parecía no tener contornos precisos sino una transparencia opaca que se iba aclarando poco a poco.

Por fin, pude distinguirme completamente, como hago cada día, cuando me miro al espejo.

Lo había visto! Me ha quedado el espanto que todavía me estremece.

Al día siguiente me presenté aquí y solicité que me alojaran.

Ahora, señores, voy a concluir.

El Dr. Marrande, luego de dudar durante mucho tiempo, decidió viajar solo a mi comarca.

Tres de mis vecinos, ahora, han sido atacados como yo lo había sido. ¿Es cierto?

El médico contestó: “Es cierto”

Usted les aconsejó que dejen agua y leche todas las noches en sus dormitorios para ver si esos líquidos desaparecían. Lo han hecho. ¿Los líquidos han desaparecido como en mi casa?

El médico respondió con solemne compostura. Han desaparecido

En consecuencia, señores, un Ser, un nuevo Ser, que sin duda se multiplicará bien pronto como nosotros nos hemos multiplicado, acaba de aparecer sobre la tierra.

Ah! Sonríen! Y por qué? Por que ese Ser permanece invisible. Pero nuestro ojo, señores, es un órgano tan elemental que apenas puede distinguir lo que resulta indispensable para nuestra existencia. Lo que es demasiado pequeño se le escapa, lo que es demasiado grande se le escapa, lo demasiado lejano se le escapa. Ignora los miles de millones de animalitos que viven en una gota de agua. Ignora los habitantes, las plantas y el suelo de las estrellas vecinas; no ve ni siquiera lo transparente....

Coloquen delante de él un espejo sin un azogue perfecto, no lo distinguirá y nos precipitará sobre él, como el pájaro encerrado en una casa que se rompe la cabeza contra las vidrios.

En consecuencia, no ve los cuerpos sólidos y transparentes que sin embargo existen; no ve el aire que nos nutre, no ve el viento que es la mayor fuerza de la naturaleza, que derriba a los hombres, abate los edificios, descuaja los árboles, levanta el mar en montañas de agua que desmoronan los acantilados de granito.

Qué tiene pues de extraño que no vea un cuerpo nuevo a quién únicamente falta la propiedad de detener los rayos luminosos.? Perciben ustedes la electricidad? Y sin embargo, existe! Este ser, a quién he llamado el Horla, existe también.

Quien es? Señores, es el que la tierra espera, después del hombre! El que viene a destronarnos, a someternos, a domarnos y tal vez a alimentarse de nosotros, como nosotros nos alimentamos de vacunos y jabalíes.

Desde hace siglos que se lo presiente, se lo teme y se lo anuncia! El temor a lo invisible ha obsesionado siempre a nuestros padres. Ha llegado. Toda las leyendas de hadas, de gnomos, de vagabundos del aire, inasibles y malhechores, era de él de quién hablaban, de él, presintido por el hombre ya inquieto y tembloroso.

Y todo lo que ustedes mismos hacen, señores, desde hace un cierto tiempo, que ustedes llaman hipnotismo, sugestión, magnetismo, es a él a quién ustedes anuncian, que ustedes profetizan. Les digo que ha llegado. Vagabundea inquieto él también como los primeros hombres, ignorando todavía su fuerza y su poder que pronto conocerá, demasiado pronto.

Y para terminar, señores, un fragmento de un periódico que encontré por casualidad y que viene de Río de Janeiro. Leo: “Una especie de epidemia de locura parece castigar desde hace cierto tiempo a la provincia de San Paulo. Los habitantes de numerosos pueblos se han escapado abandonando sus tierras y sus casas lamentándose que son perseguidos y comidos por vampiros invisibles que se alimentan de su respiración durante el sueño y que, por otra parte, no beberían sino agua y a veces leche!

Agrego: “algunos días antes del primer síntoma del mal que casi causa mi muerte, recuerdo perfectamente haber visto pasar un gran navío brasileño de tres mástiles, con su pabellón desplegado... les he dicho que mi casa está al borde del agua... Totalmente blanco... Sin duda estaba oculto en ese barco... No tengo nada más que agregar, señores.

El Dr. Marrande se levantó y murmuró: “Tampoco yo. No sé si este hombre está loco o si ambos lo estamos.. o si.. si realmente nuestro sucesor ha llegado.

(26 de Octubre de 1866)

Traducido del francés por Victoria Lanza, Marta Gaylord y Susana
Cros

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

